



DOCUMENTO DE ANÁLISIS DEL IEEE 05/2010

CLAUSEWITZ, ESPAÑA Y EL SIGLO XXI

(JULIO 2010)

Clausewitz nunca estuvo en España ni estudió su historia militar. No fue el caso del suizo Jomini, que figuró en el Estado Mayor del mariscal Ney, durante nuestra Guerra de la Independencia.

Clausewitz dejó pasar la oportunidad de ser agregado a la Real Legión Alemana, que operó a las órdenes de Wellington desde 1809. Eran los meses inmediatos a las operaciones de Napoleón en la Península Ibérica (octubre de 1808 a enero de 1809). Son también las fechas del retorno a Berlín desde París por Suiza de quien estaba ansioso por contraer matrimonio con María von Brühl. Debió lamentar en sus últimos años su ausencia de la denominada Guerra Peninsular (1808-1814). Ya que se había significado antes de ella como estudioso de la pequeña guerra o guerra de guerrillas y del papel auxiliar de las milicias ciudadanas.

Los militares españoles tardaron muchos años en conocer los escritos de Clausewitz. Hay una impresionante falta de citas suyas en los tratadistas del siglo XIX. Un modo de corregirlo hubiera sido la entrada en las bibliotecas de las Escuelas del Cuerpo de Estado Mayor de los originales o de sus traducciones a otras lenguas más asequibles.

La situación mejoró en 1870, en una circunstancia marcada por el destronamiento de la Reina Isabel II de la Casa de Borbón. El hombre fuerte de aquella revolución, el General Juan Prim, llegó a proponer la elección como Rey de Leopoldo Hollerzoller, con escándalo del Imperio de Napoleón III. Entonces, el interés por la política y la estrategia alemanas era notable. El Cuerpo de Estado Mayor había acumulado estudios muy rigurosos de las campañas de las guerras austro-prusiana y franco-prusiana en Italia y en Francia. Y se percibió, a través del general italiano Nicolás Marseli, el enorme prestigio de Carl Clausewitz y de su obra maestra.

Las reflexiones en lengua alemana sobre las guerras de la Revolución Francesa y del Imperio napoleónico se centraron en las obras del archiduque Carlos de Austria (1771-1847). Y también en “Los principios de Estrategia” del mejor conductor de operaciones en terreno montañoso de la época. Sus cuatro volúmenes ya estaban traducidos a la lengua española en 1831, el año de la muerte de Clausewitz.

Lo que se aceptó como texto en nuestra Academias Militares decimonónicas fue el “Tratado de la Gran Guerra, aplicado a las campañas de los rusos en Polonia de 1831”. Este libro del coronel prusiano de Estado Mayor, Wilhelm von Willisen (1790-1879), entonces profesor de la Escuela Militar de Berlín, fue editado en Barcelona en 1850. Lo tradujo el comandante de Ingenieros Ambrosio Garcés de Mantilla y fue dedicado al Ingeniero General y Académico de Ciencias Antonio Remón Zarco del Valle.

Tuvo relativo éxito; pero afectó a la fama de Clausewitz negativamente. Se volvía a todo lo que había defendido el estratega Heinrich von Bulow (1757-1805). En definitiva, el libro más consultado sería el “Cuadro Analítico de las principales combinaciones de la guerra”, una obra del barón Antoine Henri de Jomini (1779-1869), que se dio a la imprenta en 1839 para militares españoles.

Clausewitz no era un desconocido para los generales españoles Evaristo San Miguel (1785-1862) y Manuel Gutiérrez de la Concha (1808-1874) o para el comandante de Infantería Francisco Villamartín (1833-1872), entusiastas lectores de tratados escritos en lenguas extranjeras. Conocían las “Consideraciones sobre el arte de la guerra, sus progresos, sus contradicciones y sus certezas”, de George Heinrich Berenhorst (1757-1805) y eran deudores de las descalificaciones de Ernst Wilhelm Rùchel (1754-1823). Sólo el prestigio de las victorias del general Moltke (1800-1891) y las críticas de Theodore von Bernhardi (1802-1887) aceleraron la recepción de Clausewitz por la Escuela Superior de Guerra (1893-1936).

Precisamente dos alumnos de la citada Escuela Superior, en 1908, los primeros tenientes Abilio Barbero y Juan Seguí tradujeron fragmentos, por ellos mismos seleccionados, del “Tratado de la Guerra”. La imprenta de la Sección de Hidrografía, calle de Alcalá nº 56 (Madrid) sacó un libro de 268 páginas en tamaño cuartilla. Y bastantes escritores militares españoles, conmocionados por el denominado “Desastre de 1898” en Cuba y Filipinas, se hicieron eco de las enseñanzas del gran tratadista prusiano. Pero siguieron buscando lo que no había en Clausewitz, obsesión por la táctica de Infantería y normas para las guerras coloniales o de protectorado en África.

Del texto íntegro del “Tratado de la Guerra” no se dispuso en lengua española hasta el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. (Pero sí de los tomos en rústica del Círculo Militar Argentino de Buenos Aires). En los ciclos de conferencias de la Escuela Superior del Ejército, fundada en 1940 o de la más veterana Escuela de Guerra Naval y de la más reciente Escuela Superior del Aire, las referencias a Clausewitz se hicieron frecuentes. No obstante, se generalizaron las actitudes críticas que defendían el británico Liddell Hart y el francés André Beaufre.

La atención más clara y elogiosa apareció en dos de los cinco tomos de la edición de la obra “Historia de la Infantería Española”, los titulados ‘Entre la Ilustración y el Romanticismo’, de 1994 (II) y ‘La época de los ejércitos Nacionales’, de 1998 (III). Se le destaca al gran pensador Carl Clausewitz en el Capítulo I del primero de los tomos citados: ‘Los tratadistas militares del siglo XVIII’ y en los Capítulos II y IV del segundo: ‘En la hora de las Academias Militares’ y ‘Los tratadistas militares del siglo XIX’. Todos redactados por el autor de este documento, coordinador de toda la obra. Sin embargo, su plena aceptación por España llegó tras el estudio casi enciclopédico de Raymond Aron: “Clausewitz. Pensar la guerra”, que se tradujo para la Escuela de Guerra Naval.

Por fin, el Servicio Militar de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército y algo más tarde, el Ministerio de Defensa (1999) se aplicaron a unas excelentes traducciones del “Tratado”. La Revista Ejército, en 1978, con prólogo de su Director, el general Juan Cano Hevia, lanzó una edición crítica muy rigurosa. Eran los años de la transición desde un régimen autoritario a una democracia formal. El Ministerio de Defensa sacó en dos gruesos tomos la traducción de lo que habían preparado los tratadistas anglosajones Michael Howard y Peter Paret con un ensayo introductorio de Bernard Brodie. Entró,

pues, la figura de Clausewitz en España, mientras se valoraban de nuevo los trabajos de Hans Delbruck (1887), de Carl Schwartz (1887), de W. M. Schering (1935), de H. Hahlweg (1957), de Raymond Aron (1976) y de Peter Paret (1979).

En esta consolidación del interés, la Escuela de Estado Mayor (de la que fui yo mismo Profesor de Historia del Arte de la Guerra entre los años 1976 y 1983) tuvo un papel sobresaliente, cuyo sentido me voy a permitir desvelar tal como de hecho se produjo.

Se tenía la equivocada impresión de que las abstractas ideas de Clausewitz sólo valían para las grandes guerras, aunque tanto en las clases que dicté como en mis posteriores trabajos a cargo del Instituto Español de Estudios Estratégicos (1986-2001) se hizo frecuente la aplicación de sus certeras enseñanzas. Ahora bien, con mi firma, señalé lo que más debía impresionarnos a los estudiosos de España, civiles o militares. Mi aportación se centró en el pensamiento aplicado a la guerra de montaña, por el joven Clausewitz; en su peculiar posición entre los intelectuales de su periodo de madurez; y en las consideraciones sobre sus ideas y creencias. Naturalmente que existían entre mis propios alumnos otras orientaciones, pero pienso que será suficiente el resumen de lo afirmado por un solo intérprete español para perfilar el horizonte del siglo XXI.

1. Sobre la guerra de montaña

El ensayo “Clausewitz y la guerra de montaña” (1988) desarrolla en base a cuatro textos el pensamiento que, intuitivamente, brotó de la mente de Clausewitz, con rasgos de genialidad:

- Notas de Estrategia (1804).
- Curso sobre la Pequeña Guerra (1810-1811).
- Tratado (1818), en sus más veteranas alusiones a los terrenos de montaña.
- Estudio de la campaña de 1799, con atención al Archiduque Carlos de Austria, tal como se editó, sin difusión entre 1828 y 1830.

Mis compañeros y alumnos sacaron la conclusión de que un Clausewitz con experiencias directas en la Guerra de la Independencia hubiese sido útil para entender todas las vicisitudes hispanas posteriores a aquella contienda.

2. Sobre su lugar entre los intelectuales

Mi Monografía “Clausewitz y su entorno intelectual” (1990) incluía una particular atención a las ideas, por este orden: de Kant, de Jacobo Hipólito Guibert, de Fichte, de Moltke, de Schlieffen y de Lenin. Aunque mi personal aportación respondía a este empeño de esclarecimiento de la historia de la fama de Clausewitz, recibí dos apoyos laterales en las personas del estudioso alemán, Martin Kutz y del coronel español de Infantería de Marina, Antonio de Querol Lombardero.

En cuatro breves ensayos expreso mis peculiares apreciaciones:

- “Los intelectuales y la estrategia” es un artículo breve que pone de relieve, con algunas alusiones críticas a los intelectuales del máximo prestigio durante el periodo 1898-1936, un lamentable desinterés sobre las ideas de valor estratégico propias de los tratadistas hispanos de condición militar.
- “Guibert, un oficial progresista al servicio de la revolución” es un ensayo donde se contrastan las ideas gratas a Napoleón (pero más bien superficiales) sobre la naturaleza del Estado moderno y todo lo que dejó escrito Clausewitz a su vuelta de París en 1808 sobre este problema.
- “Fichte, jacobino, nacionalista y místico” es otro ensayo donde se percibe la autonomía mental de Clausewitz respecto al gran movimiento del idealismo alemán para poner de relieve su acercamiento al estilo de Montesquieu, en realidad, a base de aforismos.
- “Marie von Brühl, esposa de Clausewitz” es un tercer ensayo donde la colección de cartas íntimas de Clausewitz a su esposa lo humanizan desde su radical melancolía, una condición que convendría analizar en otros importantes militares de carrera de distintas tradiciones

El atractivo de la figura del pensador que fue Clausewitz estaba ya garantizado para España en el último decenio del siglo XX. Pero el riesgo de desconsideración u olvido era evidente ya que el hombre español de condición militar en el siglo XXI tiende a sentirse en una situación radicalmente distinta a todas las del pretérito. Era, pues, predecible que, tras el regreso de las reflexiones de Clausewitz a los centros de estudios españoles sobre la guerra y la paz, vendría un paulatino decaimiento que debería corregirse en base a dos tareas interpretativas complementarias que tienen título: las “ideas y las creencias”, centradas en la figura de Clausewitz.

3. Sobre ideas y creencias

De Clausewitz siguen interesando por separado sus ideas y sus creencias. En España es difícil precisarlas porque se le viene inscribiendo entre dos estirpes de pensadores que yo considero desviados de la línea recta donde operó la melancolía evidente del genial romántico alemán.

La melancolía es un sentimiento que suele afectar a personalidades de los tiempos modernos, cuando se saben egregios o superiores. Crece en la toma de conciencia de la enorme distancia entre lo que son las cosas y lo que deberían ser. La melancolía convive con el conocimiento certero, y a medio plazo, el melancólico se siente desacreditado como guía de sus compañeros y de los sucesores de ellos en su tiempo. Escribe mucho, pero se le publica poco.

En este sentido publiqué en 1986 el ensayo “Las ideas y las creencias de Clausewitz”. Era un diálogo mío con Raymond Arón. El humanista francés había escrito: “¿Por qué esta larga familiaridad, la simpatía que profeso por un hombre de quien todo debería separarme?” “Romántico y razonable, implacable en sus análisis y de una sensibilidad estremecedora, Clausewitz pertenece al linaje de los Tucídides y los Maquiavelos, que mediante el fracaso en la acción, encuentran el ocio y la resolución

suficiente para elevar al nivel de la ciencia clara la teoría de un arte que practicaron imperfectamente”.

Como militar español, no tengo a Clausewitz como “un hombre del que todo debería separarme”. Clausewitz es para mí un ser bastante próximo. Mi simpatía por él y por los suyos es espontánea. Más que como militar melancólico yo quisiera ver en él la nostalgia de la caballería perdida en tiempo de revolución. Es así como deseo contemplar también a los militares del siglo XXI de Europa Occidental.

Coincido con Raymond Aron en la pertenencia de Clausewitz al linaje, todavía muy poblado, de quienes “mediante el fracaso en la acción, encuentran el ocio y la resolución suficiente para elevar al nivel de la ciencia clara la teoría que practicaron imperfectamente”. Recogeré, pues, con ternura, un fragmento de la carta enviada desde París a su prometida Marie, el día 5 de octubre de 1807: “Por muchos siglos que puedan existir y funcionar en armonía, hasta las más sublimes creaciones de la humanidad, llevan en sí mismas el elemento de su propia destrucción”.

4. Conclusión

Aquel breve ensayo, “Las ideas y las creencias de Carl Clausewitz”, recoge la línea interpretativa que le hace válido para todo el siglo XXI, también en España.

Yo lo contemplo sumergido en el dolor por la violenta muerte del poeta Heinrich von Kleist; en el esfuerzo por comprender la mística de Fichte (o de Hölderlin), pero sin abandonar lo que más admiraba de Montesquieu y lo que pudo aprender del tratadista español del siglo XVIII, marqués de Santa Cruz de Marcenado.

El problema de la supervivencia de su magisterio viene del abuso intelectual que yo estudié en el último ensayo de mi monografía “Clausewitz y su entorno intelectual”. Me referí a las dos estirpes desviadas de una correcta interpretación de su modo de razonar: la estirpe positivista de los tratadistas militares de Francia y de Alemania, que es la que dominó el periodo entre dos grandes guerras (1918-1939) y la estirpe materialista de los teóricos civiles al servicio de otra revolución, que es la que propugna las intervenciones armadas en cadena contra la tradición, la rusa de 1917 en concreto.

Son las dos estirpes con excepciones que se negaron a reflexionar sobre las profundas raíces de la dialéctica de las voluntades e intenciones hostiles. Porque el pensador Clausewitz era un teórico de la moderación, frente al extremismo y un partidario de la forma fuerte de hacer la guerra que era defensiva, frente al espíritu de conquista. Es urgente extraer la obra de Clausewitz de las dos trayectorias. Clausewitz superó a quienes veían en la estrategia una fábrica de victorias totales a corto plazo, merced a la aplicación de máximas, antes que de principios.

Clausewitz se dio cuenta de que el fenómeno “guerra” desbordaba la síntesis geométrica de lo militar, lo mecánico, lo orgánico, etc... Él se sumerge desde lo político hacia lo cultural, sin afluir todavía al lugar de lo trascendente o religioso. Era más bien agnóstico que creyente. También se evadió de la dialéctica de las voluntades radicalmente violentas que aparece en Friedrich Schiller; revolucionaria antes que reformadora. Nunca confundió guerra con revolución, lucha con disturbio. Él le dio al fenómeno que tenía delante el trato que se merecía, como siendo “guerra”.

Merece, pues, seguir siendo lo que ha llegado a ser, también en España, un escritor clásico que no debería ser olvidado, sino recordado cada día mejor.

*General de Brigada (DEM) Miguel Alonso Baquer
Asesor principal del Director del IEEE*